

GEORGES DEMERSON, *Don Juan Meléndez Valdés et son temps (1754-1817)*. Klincksieck, Paris, 1962. 666 pp.

Pese al interés que suscitó Meléndez Valdés en su tiempo, pocos detalles de su vida eran conocidos. Los trabajos de Quintana, Fernández Navarrete, Mérimée, Salinas, Colford o Alarcos dejaban muchas lagunas que ahora colma Demerson en este valioso y decisivo estudio. El libro cubre íntegramente la vida del poeta, recreando con minuciosidad todo detalle que pueda decirnos algo sobre el hombre que fue Batilo. Los capítulos finales, quizá los más interesantes desde el punto de vista literario, recopilan informes sobre las obras perdidas, las fuentes francesas, el problema del galicismo y la cronología de los poemas. En el epílogo se nos presenta a Meléndez como el auténtico afrancesado.

Demerson ha madurado su libro con lentitud. Cada pieza encaja perfectamente en el conjunto. Dividido en cinco partes, cada una recoge los aspectos más importantes de la vida del poeta, los cuales se estudian con detenimiento y lucidez. Primero, la apacible carrera de letras, con sus vicisitudes y sus cambios de orientación; más tarde la acción, donde aparece triunfante el Batilo político, para culminar en el primer destierro. (Aporta aquí Demerson una cronología muy útil). La tercera sección expone la actitud de Meléndez durante el reinado de José (1808-1813), y la cuarta su adversa fortuna, el segundo y último destierro. La quinta sección estudia la influencia francesa (temas, fuentes, etc.).

Es impresionante el acopio de documentos. Demerson se dedicó durante años a recorrer todos los lugares donde pudiera hallarse material esclarecedor. La búsqueda ha sido fructuosa: no hay detalle, por poco importante que parezca, que quede en la sombra. Pero Meléndez le interesa a Demerson sobre todo por sus ideas. Lo ve como el centro en que convergen todas las inquietudes del siglo, y desde él y por él desarrolla sus teorías o interpretaciones sobre la Ilustración española. Meléndez, en efecto, estuvo abierto a todas las corrientes de pensamiento de su época<sup>1</sup>, y en sus escritos vulgarizó, para bien de su patria, las ideas extranjeras. Desde el punto de vista de Demerson, Batilo le ofrece al investigador un caso ejemplar para estudiar la penetración de las luces europeas en España (más que europeas, francesas, pues el libro estudia poco, por ejemplo, los elementos ingleses). De ahí que el hispanista francés busque al Meléndez "filósofo"<sup>2</sup> más que al Meléndez poeta.

Partiendo de un principio psicológico, busca Demerson en la infancia y en la adolescencia del poeta el desarrollo ulterior de su personalidad. A través de una serie de capítulos (los cuatro primeros) hace finos

<sup>1</sup> Echo de menos un capítulo dedicado a su deísmo, que, por supuesto, bien pudo venirle de fuentes francesas. Por otra parte, aun cuando se admita que Meléndez fue no sólo hombre de ideas, sino también de acción, es evidente, primero, que si lo estudiamos ahora es precisamente porque fue un *poeta*, no un hombre de acción; y segundo, que por muy buena voluntad que tengamos, no podemos poner a Meléndez, como hombre de acción, en el mismo nivel que un Cabarrús o un Jovellanos.

<sup>2</sup> "Filósofo", desde luego, no en el sentido moderno. Muy acertadamente, Demerson emplea este término (y otros, como "ilustración", "luces", etc.) teniendo en cuenta el contenido semántico de la época. De ahí que nos sorprenda en la p. 175 la palabra "proletario", impensable entonces.

análisis de las reacciones de Meléndez. Vemos surgir una sensibilidad que las lecturas de Young, St.-Lambert o Rousseau no hacen sino enriquecer: "Meléndez es doblemente sensible: por temperamento y por influencia de su época. Esta sensibilidad explicará en última instancia su conducta, y será la causa de ciertas actitudes aparentemente ilógicas" (p. 92). Pero con este Meléndez contrasta Demerson el de 1780-1801: el preocupado por los problemas universitarios y la ilustración, el que sale de Salamanca para ir a Zamora o Valladolid como magistrado y consejero, el hombre de acción interesado en el progreso de su patria. Es el Meléndez perspícaz, lúcido, a veces violento, que denuncia los abusos con ardor, aunque no con propósito revolucionario: hombre del despotismo ilustrado, se dirige siempre a los ministros, jamás al vulgo; la libertad total le inspira tantos recelos como a otros representantes de la Ilustración española.

Demerson nos revela así un Meléndez preocupado por la patria, distinto del primer Batilo, sensible y afectivo. Es ahora cuando el principio psicológico del que parte el estudioso dará sus frutos: el momento en que el poeta afrancesado se presta a colaborar con José Bonaparte. Del afrancesamiento intelectual pasamos al político. Convergen aquí las dos inclinaciones del carácter de Meléndez: su sensibilidad, por una parte, y por otra su lucidez de crítica y su tendencia a la acción. Primeramente asoma un Meléndez no afrancesado: el hombre que escribe poesía patriótica y de resistencia y que, obligado por las circunstancias, va a apaciguar la región de Asturias. Y comienzan ahora las defensas de Demerson. Es posible admitir que el poeta se afrancesara por conveniencia, y que jurara fidelidad al rey José por necesidad. Pero una cosa es prestar juramento por no haber más remedio, y otra tener un papel importante en la España napoleónica. En su defensa llega el investigador francés a utilizar armas que no creo eficaces. Ciertamente demuestra que Meléndez nunca escribió a Jovellanos para interesarlo en la causa francesa, pero, para hacer ver que no fue él el único afrancesado, intenta sentar la tesis del titubeo de Jovellanos, y llega a decir (pp. 273-277) que éste no se decidió por la política de resistencia hasta la victoria de Bailén<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Dice Demerson que las excusas de salud las dio Jovellanos a Napoleón y al rey José, pero que fue muy directo en las cartas a sus amigos O'Farrill, Arias Saavedra, Mazarredo, etc. Habría que estudiar detenidamente la *Memoria en defensa de la Junta Central*, donde dice el gijonés: "obtenida mi libertad al punto mismo en que empezaba a peligrar la de mi patria, no sólo abracé con firmeza la santa causa de su defensa, sino que me negué a todas las sugerencias y ofertas lisonjeras con que la amistad y el poder procuraron empeñarme en el opuesto partido" (*BAE*, t. 46, p. 534); y más adelante: "Mi respuesta de oficio se redujo a dar gracias por las honras que se me dispensaban y exponer que el estado de mi salud no me permitía desempeñar aquel penoso encargo; pero en mi carta particular a Azanza le manifesté cuán lejos estaba de admitir ni el encargo ni el ministerio, y cuán vano me parecía el empeño de reducir con exhortaciones a un pueblo tan numeroso y valiente, y tan resuelto a defender su libertad" (p. 537). Lo mismo demuestra su famosa respuesta al general Sebastiani (*ibid.*, pp. 590-591). Admito que el asunto, bastante debatido ya en la época, no es de fácil solución. Pero tal vez sea útil acudir a otras consideraciones. Por ejemplo, las diferencias psicológicas. Además, si Meléndez fue siempre galicista, Jovellanos fue más bien un anglófilo, como lo demuestran su correspondencia con el cónsul Jardine y con Lord Holland, su *Memoria* citada y sus *Diarios*. Su anglofilia

Pero hay más. Tengo la impresión de que Demerson no comprende muy bien a los españoles que se opusieron a Napoleón, y me pregunto si su actitud no será análoga a la de aquel general Sebastiani que le aseguraba a Jovellanos que Francia representaba la garantía de la ilustración y del progreso. Y no parece comprender el partido de la resistencia, cuando es capaz de sostener que España entera parecía acatar a José, salvo el residuo de intransigentes de Cádiz (p. 320), aunque acepte más tarde que éstos tomarían pronto el desquite. Destaca la entrada de José en Andalucía con el propósito de defender a Batilo y rechazar el mote que se le puso de "copleto del rey Pepe". Pero ¿podemos decir con propiedad que el grupo de Cádiz haya sido de "intransigentes"? ¿Es cierto que España entera parecía haber acatado al hermano de Napoleón? Demerson aduce una serie de memorias de la época, pero todas son de franceses (Jomini, Miot de Mérito, el general Bigarré), y se olvida de las de españoles, como la de Queipo de Llano. Es muy dudoso que José sintiera consolidado su reino. Las guerras de independencia muestran lo contrario, como se ve también en la correspondencia entre José y Napoleón (julio de 1808: "... estáis en un error: nuestra gloria se hundirá en España"). A Napoleón lo aceptó un grupo de intelectuales, minoría siempre. Nunca se ha demostrado que el pueblo lo quisiera.

No creo necesario llegar a estos extremos para establecer que Meléndez fue caso aislado, o para intentar su defensa. Lo que sería necesario aclarar es la autenticidad de su afrancesamiento, y si creyó en efecto que éste podría salvar a España. No veo esto con claridad, sobre todo cuando Demerson llega a los extremos señalados, o cuando emprende la tarea de defender al poeta por sus dos odas al rey José<sup>4</sup>.

Por otra parte, Demerson quiere probar a toda costa que Batilo no fue un ser vacilante. Yo, por lo menos, siento una gran debilidad e inconstancia en este hombre que de un juramento más o menos forzado por las circunstancias pasa a desplegar una gran actividad en los cuerpos legislativos y acaba por convertirse en uno de los personajes del régimen. Claro que Demerson quiere interpretar las misiones extraordinarias del poeta como muestra de su preocupación por los problemas inmediatos (p. 357). No digo yo que Meléndez fuera incapaz de buscar solución a los problemas sociales de su patria: cuando hablo de inconstancia, me

lo impulsaba a repudiar lo francés, tanto más cuanto que Inglaterra y Francia eran a la sazón grandes enemigas. (Véase la orientadora introducción de Ángel del Río al tomo de *Clás. cast.*).

<sup>4</sup> Dice de la primera que no es la expresión de un acuerdo total con el rey, sino sencillamente un canto a su bondad y generosidad (p. 320). Y de la segunda: "Meléndez explica ahí su adhesión sentimental y no lógica, no a un régimen, a una constitución, a un ideal de vida, sino a la persona del rey. Del mundo de la abstracción pasamos al plano humano, de la sumisión al amor. Una vez más el sentimentalismo se sobrepone a lo intelectual, y esto le da a su afrancesamiento un tinte muy particular y personal" (p. 321). Estoy de acuerdo en que la primera oda no es política (pese a Menéndez Pelayo). Pero la España de esos momentos estaba totalmente "politicizada", y no se podía evitar que los poemas tuvieran una significación eminentemente política, sobre todo el segundo, un extenso panegírico (de varios centenares de versos), por el estilo de los que ya había escrito Meléndez en honor de Jovellanos, Llaguno y otros.

refiero a una inconstancia interna. Bajo el influjo de Jovellanos, abandona Meléndez el ensueño bucólico y asume una seria preocupación social y política<sup>5</sup>. Más tarde es desterrado por Godoy, pero regresa a Madrid, se une a la resistencia, escribe himnos patrióticos. Jura luego una Constitución, más por conveniencia que por convicción íntima. Finalmente está con el invasor, escribe odas, desempeña misiones, recibe honores. Pese a los esfuerzos de Demerson, siento un Meléndez inseguro, vacilante. Y no por su afrancesamiento: Arjona se acercó al grupo afrancesados (cf. *BAE*, t. 63, pp. 501 ss.)<sup>6</sup>.

A través del estudio de su biblioteca demuestra Demerson que Meléndez fue un auténtico afrancesado. Son éstos los capítulos más brillantes del libro, junto con la Quinta parte ("La obra de Meléndez y Francia"). Vemos las fuentes en que bebió el poeta: no sólo Rousseau, sino Fénelon, Montesquieu, Marmontel, Diderot, Voltaire. Y sus lecturas no se quedan en eco, sino que se convierten en puntos de partida. No porque Meléndez sea muy original (ya lo dijo Mérimée en su excelente estudio sobre el poeta): no es ni un inventor, ni un precursor, ni un revolucionario; pero supo asimilar y difundir las lecciones de los franceses. Se le ha dado el título de "restaurador de la poesía española". "El mérito de Batilo —dice Demerson (p. 508)— consiste esencialmente en haber combatido los defectos que reinaban en España: el prosaísmo y el estilo ampuloso, consecuencia —directa o indirecta— de un gongorismo degenerado". Desde luego, la deuda del poeta con las letras francesas es grande: éstas le dieron modelos, temas de reflexión, gracias a los cuales encontró "una forma de sensibilidad con la cual se identificó, y que dio origen a los elementos prerrománticos que en él se aprecian" (p. 511). Pero habría que estudiar esto mejor. ¿Acabó Batilo realmente con el estilo retórico y ampuloso? ¿Fue él el único que luchó contra este estilo? No parece que así sea. Una de las características de la poesía española de la segunda mitad del XVIII es su actitud polémica. Todo poeta está contra la ampulosidad y el prosaísmo. Por otra parte, ya desde Fernando VI, y aun antes, había ganado terreno la reforma doctrinal y habían surgido instituciones como la Academia del Buen Gusto. Y el terreno estaba preparado por las críticas del Marqués de Valdeflores y de "Jorge Pitillas", y por la *Poética* de Luzán (1737), que volvió los ojos al clasi-

<sup>5</sup> Cf. mi artículo "Jovellanos y la poesía burguesa", *NRFH*, 18 (1965-66), 47-64.

<sup>6</sup> Sobre todo, no veo que un párrafo como el siguiente sea una verdadera justificación de Meléndez: "En un día, en un momento, ve la mayor parte de las reformas con que ha soñado... En unas pocas horas Napoleón hizo infinitamente más por la liberación de España que lo que había hecho Carlos IV y aun Carlos III en todo su reinado. Al no haber ya Inquisición disminuiría la opresión, es decir, habría libertad de pensamiento y de palabra, se limitarían los privilegios, se reduciría el poder del clero regular, habría libre circulación de bienes, se instauraría en la Península el *laissez-faire*, *laissez-passer*. Sí, realmente aquel hombre excepcional, a quien los espíritus rutinarios veían como una encarnación del demonio, era lo que se proponía ser: el regenerador del país. Era el déspota ilustrado que España había soñado no hacía mucho. ¿Por qué ligarse obstinadamente a esos Borbones bajo los cuales él, Batilo, que no había querido otra cosa que el bien de su patria, no había encontrado sino incompreensión e injusticia?" (p. 558). Párrafo apasionado y hasta lírico, pero poco convincente.

cismo francés. (Cf. el estudio de L. A. de Cueto, anticuado pero aún tan valioso). Y en cuanto al prerromanticismo, ¿no es significativo el poema "Las ruinas" del Conde de Torrepalma (1706-1767)? ¿Y Cadalso? ¿Y Jovellanos mismo?<sup>7</sup> Finalmente, no es difícil comprobar que el propio Meléndez cae en la ampulosidad y el prosaísmo. Basta leer sus "epístolas" y sus poemas "filosóficos", no muy diversos de los de sus antecesores y seguidores. Es, claro, el estilo de la época: la poesía tenía un propósito crítico, didáctico, polémico, y difícilmente un Batilo u otro cualquiera hubiera podido cambiar lo que era su esencia misma.

Después de leer este documentado libro hay que admitir lo mucho que el poeta español debe a Francia. Lo que es menos fácil aceptar es que la principal aportación francesa haya sido, no una ética y una filosofía, sino "el espíritu crítico y la lucidez". Podríamos aceptarlo si sólo se tratara de Meléndez, pero Demerson quiere extender este juicio a los demás representantes de la Ilustración española: "La razón, ese instrumento de conocimiento y de juicio redescubierto fuera de la Península, es aplicado por Meléndez y sus compañeros a la realidad nacional española" (p. 555). El espíritu de crítica y de investigación existía en España antes de que pesara la influencia francesa. Basta pensar en Feijoo y en Torres Villarroel. Es hora de revisar el lugar común de que sin Francia no habría habido Ilustración en España. Dilthey demostró las raíces germánicas de la *Aufklärung* alemana. Habría que hacer otro tanto en nuestro caso, sobre todo cuando se va viendo cada vez con mayor claridad que el fenómeno social que sustenta al siglo XVIII, o sea el surgimiento de la burguesía, es un fruto que tarde o temprano, con mayor o menor timidez, se da en todo el mundo occidental, pero en cada país con su propia savia. Inglaterra y Francia son los más audaces; pero ya desde el siglo XVII España es terreno abonado, y, con influencia francesa o sin ella, es probable que el fruto hubiera madurado. Quizás Francia no hizo otra cosa que agitar el ambiente, un ambiente preparado por los propios españoles de la primera mitad del siglo.

IRIS M. ZAVALA

State University of New York  
at Stony Brook.

PAUL ILIE, *Las novelas de Camilo José Cela*. Gredos, Madrid, 1963; 238 pp.

Este estudio sobre seis novelas de Camilo José Cela fue en su origen una tesis doctoral presentada en Brown University. Va precedido de un prólogo de Julián Mariás ("La novela al mediar el siglo") y de una breve introducción en la cual anuncia Paul Ilie los propósitos de su libro. Se

<sup>7</sup> Habría que ver, por lo demás, si los brotes prerrománticos españoles se deben sólo a influencia francesa, la única a la que se refiere Demerson. Es posible que en Meléndez sea la predominante, pero no podemos olvidar a los ingleses, por más que en España se les conociera sobre todo a través de traducciones francesas (cf. cap. 3).